pero en su mayor parte de los hombres nuevos ó de 1820, y predominando el influjo de los segundos. San Miguel (D. Evaristo), venido al estado mayor general; Gallardo el escritor, alistado en la bandera de la gente revolucionaria por lo extremado de sus opiniones; el general Velasco, á la sazon gobernador de Madrid, oficial de artillería acreditado en la guerra de la independencia por su valor, y que participante en el secreto del levantamiente del ejército, habia militado sin embargo contra los constitucionales con el general Freire, y no por eso habia desmerecido, aunando al contrario, conseguido el triunfo, su interés con el de la revolucion; Alcalá Galiano, venido á oficial de la secretaría de Estado, ascenso inmediato en su carrera, que obtuvo por único premio de sus servicios en la causa constitucional, no sin dolerle tan corta recompesa; D. Salvador Manzanares, oficial instruido del cuerpo de ingenieros, que siendo de la sociedad secreta en Madrid, perseguido en 1819, hubo de huir á Francia, desde donde habia vuelto á España entrando con la bandera de la revolucion enarbolada al lado de Espoz y Mina, con otros de igual ó inferior nota predominaban en aquel conciliábulo, teniendo allí reducidos al papel de oposicion á hombres como el conde de Toreno, Yandiola, y otros de anterior alto renombre. Ninguno de los ministros era de la sociedad, ni aun en los cuerpos inferiores de ella que en la capital habia. No aspiraba á la sazon la grey de estos conjurados á destruir la monarquía, como algunos han supuesto, ni aun á proceder contra la persona ó autoridad del monarca, queriendo solamente conservar segura y pujante la causa de la Constitucion, en su concepto amenazada; pero estaba consumida de inquieto y confuso deseo de dominacion, propio de todo cuerpo, y mas de uno que obra oculto, y dominada por no infundados temores á los enemigos de la libertad, entre los cuales ponia al rey mismo en el lugar primero, discurriendo para lograr sus intentos, vagos meramente, conservar el interés y poder de la revolucion en grado de superior robustez, como arma ofensiva y defensiva de que sería fácil valerse en la poco lejana hora en que se necesitase. En la milicia nacional tenia escaso influjo, en el ejército grandísimo. Las sociedades patrióticas constituian en aquel momento una de las máquinas de guerra de que con mas efecto disponia, y en Madrid habia venido à ser suya la de los «amigos del órden» establecida en el café de la Fontana de Oro, pudiendo en esta mas que los muchos de quienes constaba los pocos que habian sabido adquirirse el predominio.

Cuando cayó la sociedad de Lorencini por haber sido presos sus principales oradores y directores, quedó Madrid por algunos dias sin que se oyesen arengas en público sobre negocios del Estado. Algunos de los de menos valer del disuelto cuerpo, mudando de residencia se pasaron al café de San Sebastian; pero las predicaciones en este nuevo sitio no surtian el efecto que en el primero, y ademàs tenian el inconveniente de salir de personas de poco valer, y desconceptuadas por haber sido fácilmente vencidas. No se juzgaba en aquellos dias conveniente, ni casi posible, vivir sin sociedades patrióticas, estimándose provechoso el influjo que en la opinion del público ejercian, y cosa hacedera formar una de su género mesurada y respetable. En las provincias se iban abriendo nuevas, y las

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación